

en la mano de una niña
cabe.

¡Campanas!

Una carta del cielo bajó un ángel.

HUÉSPED DE LAS NIEBLAS

II

BA WUHU KAT KÉ OYARUHU

II

LOS DOS ÁNGELES

ÁNGEL de luz, ardiendo,
¡oh, ven!, y con tu espada
incendia los abismos donde yace
mi subterráneo ángel de las nieblas.

¡Oh espadazo en las sombras!
Chispas múltiples,
clavándose en mi cuerpo,
en mis alas sin plumas,
en lo que nadie ve,
vida.

Me estás quemando vivo.
Vuela ya de mí, oscuro
Luzbel de las canteras sin auroras,
de los pozos sin agua,
de las simas sin sueño,
ya carbón del espíritu,
sol, luna.

Me duelen los cabellos
y las ansias. ¡Oh, quémame!
¡Más, más, sí, sí, más! ¡Quémame!

¡Quémalo, ángel de luz, custodio mío,
tú que andabas llorando por las nubes,
tú, sin mí, tú, por mí,
ángel frío de polvo, ya sin gloria,
volcado en las tinieblas!

¡Quémalo, ángel de luz,
quémame y huye!

5

CINCO manos de ceniza,
quemando la bruma, abriendo
cinco vías
para el agua turbia,
para el turbio viento.

Te buscan vivo.
Y no te encuentran.
Te buscan muerto.
No muerto, dormido.
Y sí.

Y sí, porque cinco manos
cayeron sobre tu cuerpo
cuando inmóvil resbalaba
sobre los cinco navegables ríos
que dan almas corrientes, voz al sueño.

Y no viste.
Era su luz la que cayó primero.
Mírala, seca, en el suelo.

Y no oíste.
Era su voz la que alargada hirieron.
Óyela muda, en el eco.

Y no oliste.
Era su esencia la que hendió el silencio.
Huélela fría, en el viento.

Y no gustaste.
Era su nombre el que rodó deshecho.
Gústalo en tu lengua, muerto.

Y no tocaste.
El desaparecido era su cuerpo.
Tócalo en la nada, yelo.

LOS ÁNGELES DE LA PRISA

ESPÍRITUS de seis alas,
seis espíritus pajizos,
me empujaban.

Seis ascuas.

Acelerado aire era mi sueño
por las aparecidas esperanzas
de los rápidos giros de los cielos,
de los veloces, espirales pueblos,
rodadoras montañas,
raudos mares, riberas, ríos, yermos.

Me empujaban.

Enemiga era la tierra,
porque huía.
Enemigo el cielo,
porque no paraba.
Y tú, mar,
y tú, fuego,
y tú,
acelerado aire de mi sueño.

Seis ascuas,
oculto el nombre y las caras,
empujándome de prisa.

¡Paradme!
Nada.
¡Paradme todo, un momento!
Nada.

No querían
que yo me parara en nada.

LOS ÁNGELES CRUELES

PÁJAROS, ciegos los picos
de aquel tiempo.
Perforados,
por un rojo alambre en celo,
la voz y los albedríos,
largos, cortos, de sus sueños:
la mar, los campos, las nubes,
el árbol, el arbolillo...
Ciegos, muertos.

¡Volad!
—No podemos.
¿Cómo quieres que volemos?

Jardines que eran el aire
de aquel tiempo.
Cañas de la ira nocturna,
espolazos de los torpes,
turbios vientos,
que quieren ser hojas, flor,
que quieren...

¡Jardines del Sur, deshechos!
Del Sur, muertos.

¡Airead!
—No podemos.
¿Cómo quieres que aireemos?

En tus manos,
aun calientes, de aquel tiempo,
alas y hojas difuntas.

Enterremos.

EL ÁNGEL ÁNGEL

Y el mar fue y le dio un nombre,
y un apellido el viento
y las nubes un cuerpo
y un alma el fuego.

La tierra, nada.

Ese reino movable,
colgado de las águilas,
no la conoce.

Nunca escribió su sombra
la figura de un hombre.

ENGAÑO

ALGUIEN detrás, a tu espalda,
tapándote los ojos con palabras.

Detrás de ti, sin cuerpo,
sin alma.
Ahumada voz de sueño
cortado.
Ahumada voz
cortada.

Con palabras, vidrios falsos.

Ciega, por un túnel de oro,
de espejos malos,
con la muerte
darás en un subterráneo.

Tú allí sola, con la muerte,
en un subterráneo.

Y alguien detrás, a tu espalda,
siempre.

EL ÁNGEL DE CARBÓN

FEO, de hollín y fango.
¡No verte!

Antes, de nieve, áureo,
en trineo por mi alma.
Cuajados pinos, Pendientes.

Y ahora por las cocheras,
de carbón, sucio.
¡Te lleven!

Por los desvanes de los sueños rotos.
Telarañas. Polillas. Polvo.
¡Te condenen!

Tiznados por tus manos,
mis muebles, mis paredes.

En todo,
tu estampado recuerdo
de tinta negra y barro.
¡Te quemen!

Amor, pulpo de sombra,
malo.

EL ÁNGEL DE LA IRA

SIN dueño, entre las ortigas,
piedra por pulir, brillabas.

Pie invisible.
(Entre las ortigas, nada.)
Pie invisible de la ira.

Lenguas de légamo, hundidas,
sordas, recordaron algo.

Ya no estabas.
¿Qué recordaron?

Se movió mudo el silencio
y dijo algo.
No dijo nada.

Sin saberlo,
mudó de rumbo mi sangre,
y en los fosos
gritos largos se cayeron.

Para salvar mis ojos,
para salvarte a ti que...

Secreto.

EL ÁNGEL ENVIDIOSO

LEÑADORAS son, ¡defiéndete!,
esas silbadoras hachas
que mueven mi lengua.

Hoces de los vientos malos,
¡alerta!,
que muerden mi alma.

Torre de desconfianza,
tú.
Tú, torre del oro, avara.
Ciega las ventanas.

O no, mira.

Hombres arrasados, fijos,
por las ciudades taladas.
Pregúntales.

O no, escucha.

Un cielo, verde de envidia,
rebosa mi boca y canta.

Yo, un cielo...

Ni escuches ni mires. Yo...
Ciega las ventanas.

LOS ÁNGELES VENGATIVOS

No, no te conocieron
las almas conocidas.
Sí la mía.

¿Quién eres tú, dínos, que no te recordamos
ni de la tierra ni del cielo?

Tu sombra, dínos, ¿de qué espacio?
¿Qué luz la prolongó, habla,
hasta nuestro reinado?

¿De dónde vienes, dínos,
sombra sin palabras,
que no te recordamos?
¿Quién te manda?
Si relámpago fuiste en algún sueño,
relámpagos se olvidan, apagados.

Y por desconocida,
las almas conocidas te mataron.
No la mía.

CAN DE LLAMAS

SUR.
Campo metálico, seco.
Plano, sin alma, mi cuerpo.

Centro.
Grande, tapándolo todo,
la sombra fija del perro.

Norte.
Espiral sola mi alma,
jaula buscando a su sueño.

¡Salta sobre los dos! ¡Hiérellos!
¡Sombra del can, fija, salta!
¡Únelos, sombra del perro!
Riegan los aires aullidos
dentados de agudos fuegos.

¡Norte!
Se agiganta el viento norte...
Y huye el alma.

¡Sur!
Se agiganta el viento sur...
Y huye el cuerpo.

¡Centro!
Y huye, centro,
candente, intensa, infinita,
la sombra inmóvil del perro.
Su sombra fija.

Campo metálico, seco.
Sin nadie.
Seco.

EL ÁNGEL TONTO

Ese ángel,
ese que niega el limbo de su fotografía
y hace pájaro muerto
su mano.

Ese ángel que teme que le pidan las alas,
que le besen el pico,

seriamente,
sin contrato.

Si es del cielo y tan tonto,
¿por qué en la tierra? Dime.
Decidme.

No en las calles, en todo,
indiferente, necio,
me lo encuentro.

¡El ángel tonto!

¡Si será de la tierra!
—Sí, de la tierra solo.

EL ÁNGEL DEL MISTERIO

Un sueño sin faroles y una humedad de olvidos,
pisados por un nombre y una sombra.
No sé si por un nombre o muchos nombres,
si por una sombra o muchas sombras.
Reveládmelo.

Sé que habitan los pozos frías voces,
que son de un solo cuerpo o muchos cuerpos,
de un alma sola o muchas almas.
No sé.
Decídmelo.

Que un caballo sin nadie va estampando
a su amazona antigua por los muros.
Que en las almenas grita, muerto, alguien
que yo toqué, dormido, en un espejo,
que yo, mudo, le dije...

No sé.
Explicádmelo.

ASCENSIÓN

AZOTANDO, hiriendo las paredes, las humedades,
se oyeron silbar cuerdas,
alargadas preguntas entre los musgos y la oscuridad
colgante.

Se oyeron.
Las oíste.

Garfios mudos buceaban
el silencio estirado del agua, buscándote.
Tumba rota,
el silencio estirado del agua.
Y cuatro boquetes, buscándote.

Ecos de alma hundida en un sueño moribundo,
de alma que ya no tiene que perder tierras ni mares,
cuatro ecos, arriba, escapándose.

A la luz,
a los cielos,
a los aires.

LOS ÁNGELES MUDOS

INMÓVILES, clavadas, mudas mujeres de los zaguanes
y hombres sin voz, lentos, de las bodegas,
quieren, quisieran, querrían preguntarme:

—¿Cómo tú por aquí y en otra parte?
Querrían hombres, mujeres, mudos, tocarme,

saber si mi sombra, si mi cuerpo, andan sin alma
por otras calles.

Quisieran decirme:
—Si eres tú, párate.

Hombres, mujeres, mudos, querrían ver claro,
asomarse a mi alma,
acercarle una cerilla
por ver si es la misma.
Quieren, quisieran...

—Habla.

Y van a morir, mudos,
sin saber nada.

EL ALMA EN PENA

ESE alma en pena, sola,
ese alma en pena siempre perseguida
por un resplandor muerto.
Por un muerto.

Cerros, llaves, puertas
saltan a deshora
y cortinas heladas en la noche se alargan,
se estiran,
se incendian,
se prolongan.

Te conozco,
te recuerdo,
bujía inerte, lívido halo, nimbo difunto,
te conozco aunque ataques diluido en el viento.

Párpados desvelados
vienen a tierra.
Sísmicos latigazos tumban sueños,
terremotos derriban las estrellas.
Catástrofes celestes tiran al mundo escombros,
alas rotas, laúdes, cuerdas de arpas,
restos de ángeles.

No hay entrada en el cielo para nadie.

En pena, siempre en pena,
alma perseguida.
A contraluz siempre,
nunca alcanzada, sola,
alma sola.

Aves contra barcos,
hombres contra rosas,
las perdidas batallas en los trigos,
la explosión de la sangre en las olas.
Y el fuego.
El fuego muerto,
el resplandor sin vida,
siempre vigilante en la sombra.

Alma en pena:
el resplandor sin vida,
tu derrota.

EL ÁNGEL BUENO

VINO el que yo quería,
el que yo llamaba.

No aquel que barre cielos sin defensas,
luceros sin cabañas,

lunas sin patria,
nieves.
Nieves de esas caídas de una mano,
un nombre,
un sueño,
una frente.

No aquel que a sus cabellos
ató la muerte.

El que yo quería.

Sin arañar los aires,
sin herir hojas ni mover cristales.

Aquel que a sus cabellos
ató la muerte.

Para, sin lastimarme,
cavar una ribera de luz dulce en mi pecho
y hacerme el alma navegable.

EL ÁNGEL AVARO

GENTES de las esquinas
de pueblos y naciones que no están en el mapa,
comentaban.
Ese hombre está muerto
y no lo sabe.
Quiere asaltar la banca,
robar nubes, estrellas, cometas de oro,
comprar lo más difícil:
el cielo.
Y ese hombre está muerto.

Temblores subterráneos le sacuden la frente.
 Tumbos de tierra desprendida,
 ecos desvariados,
 sonos confusos de piquetas y azadas,
 en los oídos.
 Los ojos,
 luces de acetileno,
 húmedas, áureas galerías.
 El corazón,
 explosiones de piedras, júbilos, dinamita.

Sueña con las minas.

LOS ANGELES SONAMBULOS

1

PENSAD en aquella hora:
 cuando se rebelaron contra un rey en tinieblas
 los ojos invisibles de las alcobas.

Lo sabéis, lo sabéis. ¡Dejadme!
 Si a lo largo de mí se abren grietas de nieve,
 tumbas de aguas paradas,
 nebulosas de sueños oxidados,
 echad la llave para siempre a vuestros párpados.
 ¿Qué queréis?

Ojos invisibles, grandes, atacan.
 Púas incandescentes se hunden en los tabiques.
 Ruedan pupilas muertas,
 sábanas.

Un rey es un erizo de pestañas.

2

TAMBIÉN,
 también los oídos, invisibles de las alcobas,
 contra un rey en tinieblas.

Ya sabéis que mi boca es un pozo de nombres,
 de números y letras difuntos.
 Que los ecos se hastían sin mis palabras
 y lo que jamás dije desprezaba y odia al viento.
 Nada tenéis que oír.
 ¡Dejadme!

Pero oídos se agrandan contra el pecho.
 De escayola, fríos,
 bajan a la garganta,
 a los sótanos lentos de la sangre,
 a los tubos de los huesos.

Un rey es un erizo sin secreto.

TRES RECUERDOS DEL CIELO

Homenaje a Gustavo Adolfo Bécquer

PRÓLOGO

No habían cumplido años ni la rosa ni el arcángel.
Todo, anterior al balido y al llanto.
Cuando la luz ignoraba todavía
si el mar nacería niño o niña.
Cuando el viento soñaba melenas que peinar,
y claveles el fuego que encender, y mejillas,
y el agua unos labios parados donde beber.
Todo, anterior al cuerpo, al nombre y el tiempo.

Entonces, yo recuerdo que, una vez, en el cielo...

PRIMER RECUERDO

PASEABA con un dejo de azucena que piensa,
casi de pájaro que sabe ha de nacer.
Mirándose sin verse a una luna que le hacía espejo el sueño
y a un silencio de nieve, que le elevaba los pies.
A un silencio asomada.
Era anterior al arpa, a la lluvia y a las palabras.
No sabía.

Blanca alumna del aire,
temblaba con las estrellas, con la flor y los árboles.
Su tallo, su verde talle.
Con las estrellas más
que, ignorantes de todo,
por cavar dos lagunas en sus ojos
la ahogaron en dos mares.

Y recuerdo...

Nada más: muerta, alejarse.

SEGUNDO RECUERDO

... rumor de besos y batir de alas...

G. A. BÉCQUER

TAMBIÉN antes,
mucho antes de la rebelión de las sombras,
de que al mundo cayeran plumas incendiadas
y un pájaro pudiera ser muerto por un lirio.
Antes, antes que tú me preguntaras
el número y el sitio de mi cuerpo.
Mucho antes del cuerpo.
En la época del alma.
Cuando tú abriste en la frente sin corona, del cielo,
la primera dinastía del sueño.
Cuando tú, al mirarme en la nada,
inventaste la primera palabra.

Entonces, nuestro encuentro.

TERCER RECUERDO

... detrás del abanico
de plumas de oro...

G. A. BÉCQUER

AÚN los vales del cielo no habían desposado al jazmín
y la nieve,
ni los aires pensado en la posible música de tus cabellos,
ni decretado el rey que la violeta se enterrara en un libro.
No.

Era la era en que la golondrina viajaba
sin nuestras iniciales en el pico.
En que las campanillas y las enredaderas
morían sin balcones que escalar y estrellas.

La era
en que al hombro de un ave no había flor que apoyara
la cabeza.

Entonces, detrás de tu abanico, nuestra luna primera.

EL ÁNGEL DE ARENA

SERIAMENTE, en tus ojos era la mar dos niños que me
espiaban,
temerosos de lazos y palabras duras.

Dos niños de la noche, terribles, expulsados del cielo,
cuya infancia era un robo de barcos y un crimen de soles
y de lunas.

Duérmete. Ciérralos.

Vi que el mar verdadero era un muchacho que saltaba
desnudo,
invitándome a un plato de estrellas y a un reposo de algas.

¡Sí, sí! Ya mi vida iba a ser, ya lo era, litoral desprendido.
Pero tú, despertando, me hundiste en tus ojos.

EL ALBA DENOMINADORA

A embestidas suaves y rosas, la madrugada te iba poniendo
nombres:
Sueño equivocado, Ángel sin salida, Mentira de lluvia en
bosque.

Al lindero de mi alma que recuerda los ríos,
indecisa, dudó, inmóvil:
¿Vertida estrella, Confusa luz en llanto, Cristal sin voces?

No.
Error de nieve en agua, tu nombre.

EL MAL MINUTO

CUANDO para mí eran los trigos viviendas de astros y de
dioses
y la escarcha los lloros helados de una gacela,
alguien me enyesó el pecho y la sombra,
traicionándome.

Ese minuto fue el de las balas perdidas,
el del secuestro, por el mar, de los hombres que quisieron
ser pájaros,
el del telegrama a deshora y el hallazgo de sangre,
el de la muerte del agua que siempre miró al cielo.

EL ÁNGEL DE LAS BODEGAS

1

FUE cuando la flor del vino se moría en penumbra
y dijeron que el mar la salvaría del sueño.
Aquel día bajé a tientas a tu alma encalada y húmeda.
Y comprobé que un alma oculta frío y escaleras
y que más de una ventana puede abrir con su eco otra
voz, si es buena.

Te vi flotar a ti, flor de agonía, flotar sobre tu mismo
espíritu.

(Alguien había jurado que el mar te salvaría del sueño.)
Fue cuando comprobé que murallas se quiebran con
suspiros y que hay puertas al mar que se abren con palabras.

2

LA flor del vino, muerta en los toneles,
sin haber visto nunca la mar, la nieve.

La flor del vino, sin probar el té,
sin haber visto nunca un piano de cola.

Cuatro arrumbadores encalan los barriles.
Los vinos dulces, llorando, se embarcan a deshora.

La flor del vino blanco, sin haber visto el mar, muerta.
Las penumbras se beben el aceite y un ángel la cera.

He aquí paso a paso toda mi larga historia.
Guardadme el secreto, aceitunas, abejas.

MUERTE Y JUICIO

A Gerardo Diego

1

(MUERTE)

A un niño, a un solo niño que iba para piedra nocturna,
 para ángel indiferente de una escala sin cielo...
 Mirad. Conteneos la sangre, los ojos.
 A sus pies, él mismo, sin vida.
 No aliento de farol moribundo
 ni jadeada amarillez de noche agonizante,
 sino dos fósforos fijos de pesadilla eléctrica,
 clavados sobre su tierra en polvo, juzgándola.
 Él, resplandor sin salida, lividez sin escape, yacente,
 juzgándose.

2

(JUICIO)

Tizo electrocutado, infancia mía de ceniza, a mis pies, tizo
 yacente.
 Carbunclo hueco, negro, desprendido de un ángel que iba
 para piedra nocturna,
 para límite entre la muerte y la nada.
 Tú: yo: niño.
 Bambolea el viento un vientre de gritos anteriores al mundo,
 a la sorpresa de la luz en los ojos de los recién nacidos,
 al descenso de la vía láctea a las gargantas terrestres.
 Niño.

Una cuna de llamas, de Norte a Sur,
 de frialdad de tiza amortajada en los yelos
 a fiebre de paloma agonizando en el área de una bujía,
 una cuna de llamas, meciéndote las sonrisas, los llantos.
 Niño.

Las primeras palabras, abiertas en las penumbras de los
 sueños sin nadie,
 en el silencio rizado de las albercas o en el eco de los
 jardines,
 devoradas por el mar y ocultas hoy en un hoyo sin viento.
 Muertas, como el estreno de tus pies en el cansancio frío
 de una escalera.
 Niño.

Las flores, sin piernas para huir de los aires crueles,
 de su espoleo continuo al corazón volante de las nieves y
 los pájaros,
 desangradas en un aburrimiento de cartillas y pizarrines.
 4 y 4 son 18. Y la X, una K, una H, una J.
 Niño.

En un trastorno de ciudades marítimas sin crepúsculos,
 de mapas confundidos y desiertos barajados,
 atendida a unos ojos que preguntan por los afluentes del
 cielo,
 a una memoria extraviada entre nombres y fechas.
 Niño.

Perdido entre actuaciones, triángulos, fórmulas y precipitados
 azules,
 entre el suceso de la sangre, los escombros y las coronas
 caídas,
 cuando los cazadores de oro y el asalto a la banca,
 en el rubor tardío de las azoteas
 voces de ángeles te anunciaron la botadura y pérdida de
 tu alma.
 Niño.

Y como descendiste al fondo de las mareas,
a las urnas donde el azogue, el plomo y el hierro pretenden
ser humanos,
tener honores de vida,
a la deriva de la noche tu traje fue dejándote solo.
Niño.

Desnudo, sin los billetes de inocencia fugados en sus
bolsillos,
derribada en tu corazón y sola su primera silla,
no creíste ni en Venus que nacía en el compás abierto
de tus brazos
ni en la escala de plumas que tiende el sueño de Jacob
al de Julio Verne.
Niño.

Para ir al infierno no hace falta cambiar de sitio ni postura.

EXPEDICIÓN

PORQUE resbalaron hacia el frío los ángeles y las casas,
el ánade y el abeto durmieron nostálgicos aquella noche.
Se sabía que el humo viajaba sin fuego,
que por cada tres osos la luna había perdido seis
guardabosques.

Desde lejos, desde muy lejos,
mi alma desempañaba los cristales del tranvía
para hundirse en la niebla móvil de los faroles.
La guitarra en la nieve sepultaba a una rosa.
La herradura, a una hoja seca.
Un sereno es un desierto.

Se ignora el paradero de la Virgen y las ocas,
la guarida de la escarcha y la habitación de los vientos.

No se sabe si el Sur emigró al Norte o al Oeste,
10.000 dólares de oro a quien se case con la nieve.

Pero he aquí a Eva Gúndersen.

LOS ANGELES COLEGIALES

NINGUNO comprendíamos el secreto nocturno de las pizarras
ni por qué la esfera armilar se exaltaba tan sola cuando
la mirábamos.

Sólo sabíamos que una circunferencia puede no ser redonda
y que un eclipse de luna equivoca a las flores
y adelanta el reloj de los pájaros.

Ninguno comprendíamos nada:
ni por qué nuestros dedos eran de tinta china
y la tarde cerraba compases para al alba abrir libros.
Sólo sabíamos que una recta, si quiere, puede ser curva o
quebrada
y que las estrellas errantes son niños que ignoran la
aritmética.

NOVELA

EN la noche de aquella luna 24,
llovieron en mi cama hojas de cielos marchitos.
A mi alma desprevenida le robaron las palabras.
Su cuerpo fue enterrado a sus pies en un libro.
Era la orden de un monarca.

En el alba de aquella luna 24,
la justicia del frío le cedió el aire de un árbol.
A su sombra, los trineos perdidos

adivinaban rastros de suspiros,
de lloros extraviados.
En su sombra se oía el silencio de los castillos.

En el día de aquella luna 24,
fue ajusticiada mi alma por la niebla
que un suicida lento de noviembre
había olvidado en mi estancia.
Era la última voluntad de un monarca.

NIEVE VIVA

SIN mentir, ¡qué mentira de nieve anduvo muda por mi
sueño!

Nieve sin voz, quizá de ojos azules, lenta y con cabellos.
¿Cuándo la nieve al mirar distraída movió bucles de fuego?
Anduvo muda blanqueando las preguntas que no se res-
pondieron,
los olvidados y borrados sepulcros para estrenar nuevos
recuerdos.

Dando a cenizas, ya en el aire, forma de luz sin hueso.

INVITACIÓN AL ARPA

1

LEJOS, lejos.

Adonde las estancias olvidan guantes de polvo
y las consolas sueñan párpados y nombres ya idos.
Un sombrero se hastía
y unos lazos sin bucles se cansan.
Si las violetas se aburren,
es porque están nostálgicas de moaré y abanicos.

Lejos, más lejos.

A los cielos rasos donde las goteras
abren sus mapas húmedos para que viajen los lechós.

Adonde los muelles se hunden sin esperanza
y rostros invisibles avetan los espejos.

Al país de las telas de araña.

2

MÁS lejos, mucho más lejos.

A la luna disecada entre la hoja de un álamo y la pasión
de un libro.

Sé que hay yelos nocturnos que ocultan candelabros
y que la muerte tiembla en el sueño movable de las bujías.
Un maniquí de luto agoniza sobre un nardo.
Una voz desde el olvido mueve el agua dormida de los
pianos.

Siempre, siempre más lejos.

Adonde las maderas guardan ecos y sombras de pasos,
adonde las polillas desvelan el silencio de las corbatas,
adonde todo un siglo es un arpa en abandono.

LUNA ENEMIGA

COMO al chocar los astros contra mi pecho no veía,
fui hundiéndome de espaldas en los cielos pasados.
Diez reyes del otoño contra mí se rebelaron.
Ángeles y traiciones siempre aceleran las caídas.
Una hoja, un hombre.
En tu órbita se quemaba mi sangre, luna enemiga.

Salvadme de los años en estado de nebulosa,
de los espejos que pronuncian trajes y páginas desvanecidos,
de las manos estampadas en los recuerdos que bostezan.

Huid.
Nos entierran en viento enemigo.

Y es que mi alma ha olvidado las reglas.

CASTIGOS

Es cuando golfos y bahías de sangre,
coagulados de astros difuntos y vengativos,
inundan los sueños.

Cuando golfos y bahías de sangre
atropellan la negación de los hechos
y a la diestra del mundo muere olvidado un ángel.

Cuando saben a azufre los vientos
y las bocas nocturnas a hueso, vidrio y alambre.
Oídmelo.

Yo no sabía que las puertas cambiaban de sitio,
que las almas podían ruborizarse de sus cuerpos,
ni que al final de un túnel la luz traía la muerte.
Oídmelo aún.

Quiéren huir los que duermen.
Pero esas tumbas del mar no son fijas,
esas tumbas que se abren por abandono y cansancio del
cielo no son estables,
y las albas tropiezan con rostros desfigurados.

Oídmelo aún. Más todavía.

Hay noches en que las horas se hacen de piedra en los
espacios,
en que las venas no andan
y los silencios yerguen siglos y dioses futuros.
Un relámpago baraja las lenguas y trastorna las palabras.
Pensad en las esferas derruidas,

en las órbitas secas de los hombres deshabitados,
en los milenios mudos.
Más, más todavía. Oídmelo.

Se ve que los cuerpos no están en donde estaban,
que la luna se enfría de ser mirada
y que el llanto de un niño deforma las constelaciones.
Cielos enmohecidos nos oxidan las frentes desiertas,
donde cada minuto sepulta su cadáver sin nombre.
Oídmelo, oídmelo por último.

Porque siempre hay un último posterior a la caída de los
páramos,
al advenimiento del frío en los sueños que se descuidan,
a los derrumbos de la muerte sobre el esqueleto de la nada.

EL ÁNGEL FALSO

PARA que yo anduviera entre los nudos de las raíces
y las viviendas óseas de los gusanos.
Para que yo escuchara los crujidos descompuestos del mundo
y mordiera la luz petrificada de los astros,
al oeste de mi sueño levantaste tu tienda, ángel falso.

Los que unidos por una misma corriente de agua me veís,
los que atados por una traición y la caída de una estrella
me escucháis,
acogeos a las voces abandonadas de las ruinas.
Oíd la lentitud de una piedra que se dobla hacia la muerte.

No os soltéis de las manos.

Hay arañas que agonizan sin nido
y yedras que al contacto de un hombro se incendian y
llueven sangre.

La luna transparente el esqueleto de los lagartos.
 Si os acordáis del cielo,
 la cólera del frío se erguirá aguda en los cardos
 o en el disimulo de las zanjas que estrangulan
 el único descanso de las auroras: las aves.
 Quienes piensen en los vivos verán moldes de arcilla
 habitados por ángeles infieles, infatigables:
 los ángeles sonámbulos que gradúan las órbitas de la fatiga.

¿Para qué seguir andando?
 Las humedades son íntimas de los vidrios en punta,
 y después de un mal sueño la escarcha despierta clavos
 o tijeras capaces de helar el luto de los cuervos.

Todo ha terminado.
 Puedes envanecerte, en la cauda marchita de los cometas
 que se hundan,
 de que mataste a un muerto,
 de que diste a una sombra la longitud desvelada del llanto,
 de que asfixiaste el estertor de las capas atmosféricas.

LOS ÁNGELES DE LAS RUINAS

PERO por fin llegó el día, la hora de las palas y los cubos.
 No esperaba la luz que se vinieran abajo los minutos
 porque distraía en el mar la nostalgia terrestre de los
 ahogados.
 Nadie esperaba que los cielos amanecieran de esparto
 ni que los ángeles ahuyentaran sobre los hombres astros de
 cardenillo.

Los trajes no esperaban tan pronto la emigración de los
 cuerpos.
 Por un alba navegable huía la aridez de los lechos.
 Se habla de la bencina,
 de las catástrofes que causan los olvidos inexplicables.

Se murmura en el cielo de la traición de la rosa.
 Yo comento con mi alma el contrabando de la pólvora,
 a la izquierda del cadáver de un ruiseñor amigo mío.
 No os acerquéis.

Nunca pensasteis que vuestra sombra volvería a la sombra
 cuando una bala de revólver hiriera mi silencio.
 Pero al fin llegó ese segundo,
 disfrazado de noche que espera un epitafio.
 La cal viva es el fondo que mueve la proyección de los
 muertos.

Os he dicho que no os acerquéis.
 Os he pedido un poco de distancia:
 la mínima para comprender un sueño
 y un hastío sin rumbo haga estallar las flores y las calderas.

La luna era muy tierna antes de los atropellos
 y solía descender a los hornos por las chimeneas de las
 fábricas.

Ahora fallece impura en un mapa imprevisto de petróleo,
 asistida por un ángel que le acelera la agonía.
 Hombres de cinc, alquitrán y plomo la olvidan.

Se olvidan hombres de brea y fango
 que sus buques y sus trenes,
 a vista de pájaro,
 son ya en medio del mundo una mancha de aceite,
 limitada de cruces por todas partes.
 Se han olvidado.

Como yo, como todos.
 Y nadie espera ya la llegada del expreso,
 la visita oficial de la luz a los mares necesitados,
 la resurrección de las voces en los ecos que se calcinan.

LOS ÁNGELES MUERTOS

BUSCAD, buscadlos:
 en el insomnio de las cañerías olvidadas,
 en los cauces interrumpidos por el silencio de las basuras.
 No lejos de los charcos incapaces de guardar una nube,
 unos ojos perdidos,
 una sortija rota
 o una estrella pisoteada.
 Porque yo los he visto:
 en esos escombros momentáneos que aparecen en las neblinas.
 Porque yo los he tocado:
 en el destierro de un ladrillo difunto,
 venido a la nada desde una torre o un carro.
 Nunca más allá de las chimeneas que se derrumban
 ni de esas hojas tenaces que se estampan en los zapatos.
 En todo esto.
 Mas en esas astillas vagabundas que se consumen sin fuego,
 en esas ausencias hundidas que sufren los muebles desven-
 cijados,
 no a mucha distancia de los nombres y signos que se enfrían
 en las paredes.

Buscad, buscadlos:
 debajo de la gota de cera que sepulta la palabra de un libro
 o la firma de uno de esos rincones de cartas
 que trae rodando el polvo.
 Cerca del casco perdido de una botella,
 de una suela extraviada en la nieve,
 de una navaja de afeitar abandonada al borde de un pre-
 cipicio.

LOS ÁNGELES FEOS

A Benjamín Palencia

VOSOTROS habéis sido,
 vosotros que dormís en el vaho sin suerte de los pantanos
 para que el alba más desgraciada os reanime en una gloria
 de estiércol,
 vosotros habéis sido la causa de este viaje.

Ni un solo pájaro es capaz de beber en un alma
 cuando sin haberlo querido un cielo se entrecruza con otro
 y una piedra cualquiera levanta a un astro una calumnia.

Ved.

La luna cae mordida por el ácido nítrico
 en las charcas donde el amoníaco aprieta la codicia de los
 alacranes.

Si os atrevéis a dar un paso,
 sabrán los siglos venideros que la bondad de las aguas es
 aparente
 cuantas más hoyas y lodos ocultan los paisajes.
 La lluvia me persigue atirantando cordeles.
 Será lo más seguro que un hombre se convierta en estopa.

Mirad esto:
 ha sido un falso testimonio decir que una sogá al cuello
 no es agradable
 y que el excremento de la golondrina exalta al mes de
 mayo.

Pero yo os digo:
 una rosa es más rosa habitada por las orugas
 que sobre la nieve marchita de esta luna de quince años.

Mirad esto también, antes que demos sepultura al viaje:
 cuando una sombra se entrecoge las uñas en las bisagras
 de las puertas
 o el pie helado de un ángel sufre el insomnio fijo de una
 piedra,
 mi alma sin saberlo se perfecciona.

Al fin ya vamos a hundirnos.
 Es hora de que me dierais la mano
 y me arañarais la poca luz que coge un agujero al cerrarse
 y me matarais esta mala palabra que voy a pinchar sobre
 las tierras que se derriten.

EL ÁNGEL SUPERVIVIENTE

ACORDAOS.

La nieve traía gotas de lacre, de plomo derretido
 y disimulos de niña que ha dado muerte a un cisne.
 Una mano enguantada, la dispersión de la luz y el lento
 asesinato.

La derrota del cielo, un amigo.
 Acordaos de aquel día, acordaos
 y no olvidéis que la sorpresa paralizó el pulso y el color
 de los astros.

En el frío, murieron dos fantasmas.
 Por un ave, tres anillos de oro
 fueron hallados y enterrados en la escarcha.

La última voz de un hombre ensangrentó el viento.
 Todos los ángeles perdieron la vida.
 Menos uno, herido, alicortado.

NOTA

Mantenemos la edición de *Poesía (1924-1967)*, restituyendo algunas dedicatorias de la primera edición.

Este libro no ofrece cambios significativos desde la primera edición.

Las ediciones más importantes de este libro son las siguientes: *Sobre los ángeles (1927-1928)*, Compañía Iberoamericana de Publicaciones, Madrid, 1929. *Cal y canto. Sobre los ángeles. Sermones y moradas*, Buenos Aires, Colección «Biblioteca contemporánea», Buenos Aires, 1952. *Sobre los ángeles (1927-1929)*, Editorial Losada, 1959. *Sobre los ángeles*, Losada, Buenos Aires, 1962. Con grabados de madera de Luis Seoane. *Sobre los ángeles*, Libres de Sinera, Colección «Ocnos», Barcelona, 1970. *Sobre los ángeles. Sermones y moradas. Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos. Con los zapatos puestos tengo que morir*, Seix Barral, Barcelona, 1978. *Sobre los ángeles*, Alianza Editorial (Losada), Colección «Libro de bolsillo», Madrid, 1982.

Mención aparte merece la edición de C. Brian Morris, *Sobre los ángeles. Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos*, Cátedra, Colección «Letras Hispánicas», Madrid, 1981.